CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS EN LA NARRATIVA CRONÍSTICA DE LA GUERRA DE GRANADA: LA CAMPAÑA DE SETENIL (1407)

1.—La campaña de Setenil en la «Crónica de Juan II» y «El Victorial».

En su artículo sobre «La regencia de don Fernando de Antequera y las relaciones castellano-granadinas (1407-1416)», Juan Torres Fontes estudiaba los principales hechos históricos y consecuencias políticas de la primera de las guerras mantenidas contra el reino de Granada en el siglo XV.[1] La primera etapa de esas relaciones, que iría desde 1407 hasta 1410, está dominada por el rearme y la ofensiva castellana, culminando con la toma de Antequera. Ha sido dividida por el historiador en tres fases: campaña de Setenil (1407), tregua de contraofensiva mora (1408-9) y conquista de Antequera (1410). A nosotros nos interesa tratar de ahondar en la narración cronística de algunos episodios militares de solamente la primera de estas tres fases, la que gira alrededor de la toma de Setenil.

Luis Suárez Fernández ha señalado el peligroso contrasentido sobre el que se iba a fundamentar el desarrollo de la campaña de Setenil: popular en cuanto que reanudaba el hilo de la Reconquista, sería a un tiempo, sin embargo, profunda-

---

[1] *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, XIV-XV (1965-6), 137-167 y XVI-XVII (1967-8), 89-145.

mente antipática y molesta para todos los grupos sociales, puesto que exigió la movilización de enormes recursos para levantar tropas y organizar servicios, es decir, originó el mismo problema con el que, ochenta años después, se había de enfrentar Fernando el Católico. Con todo, el saldo final de la guerra, tras la conquista de Antequera, fue claramente favorable, y resulta indudable que elevó enormemente el prestigio del regente.[2]

La reciente y tan necesaria edición crítica de las páginas correspondientes a esa primera etapa de las relaciones castellano-granadinas (1406-1411), que forma parte de la *Crónica de Juan II de Castilla* de Alvar García de Santa María, hace que contemos desde ahora con una versión cronística mucho más completa y fidedigna de los hechos de la guerra.[3] Hasta el momento, como sabemos, habíamos de fiar de la *Crónica de Juan II*, publicada por Galíndez en 1517 y reeditada en la B.A.E., que refundía extraordinariamente el relato pormenorizado, exacto y profesional del cronista oficial, Alvar García.[4]

---

[2] L. Suárez Fernández, «Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV (1407-74)», *Historia de España, XV: Los Trastámaras del siglo XV*, 3.ª ed. (Madrid: Espasa-Calpe, 1982), 33-4.

[3] La *Crónica de Juan II de Castilla* de Alvar García de Santa María consta de dos partes. De la primera (1406-1419), conocemos tres copias de un manuscrito original perdido; de la segunda (1420-1434), poseemos el ms. original y una copia del mismo. La primera parte ha sido editada —es la ed. crítica a la que nos referimos—, aunque parcialmente (sólo los años 1406-1411), por Juan de Mata Carriazo, *Crónica de Juan II de Castilla* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1982). Todas las citas en adelante se refieren a esta edición, cit. como *A. G.*, seguida de n.º de cap. y n.º de p. o pp. Para los años restantes de esta primera parte (1411-1419), contamos tan sólo con la selección de Donatella Ferro, *Le parti inedite della* Crónica de Juan II *di Alvar García de Santa María* (Venezia: Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1972). En cuanto a la segunda parte (1420-1434), fue editada, a partir de la copia del único ms., por Antonio Paz y Melia, en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (Madrid: 1891), vol. IC (70-465) y vol. C (3-409), si bien la edición cuenta con múltiples deficiencias.

[4] «Crónica del rey don Juan el Segundo», en *Crónicas de los Reyes de Castilla* (*BAE*, LXVIII), II, 273-695. La invalidez de este texto como original ya fue puesta de manifiesto por Inez Macdonald, «A Corona-

Podemos por fin leer ahora, gracias y a través de la esmerada prosa del burgalés converso, una relación verdaderamente minuciosa, detallada y clara de esa miríada de acontecimientos, relativamente insignificantes muchos de ellos, pero que fueron tejiendo cada uno, paso a paso, el importante resultado final de la campaña.

Además de la citada *Crónica de Juan II* de Alvar García de Santa María, contamos en la historiografía castellana con un segundo relato histórico de algunos —muy pocos, desafortunadamente— de los episodios de esta primera fase de la guerra, a la que llamamos, siguiendo a Torres Fontes, campaña de Setenil. Se trata de *El Victorial*, la biografía de Pero Niño, conde de Buelna, texto que nos ofrece su particular versión de algunos de los hechos ocurridos en la guerra. Pero Niño, protagonista absoluto de *El Victorial*, participó en la campaña (es mencionado más de una vez, como hemos de ver, por el mismo Alvar García, en el discurso de la crónica oficial), y su biografía no podía dejar pasar por alto un período tan importante de su vida y tan relevante para la historia del reino. Sin embargo, resultan apenas ocho páginas, dentro de las más de trescientas de toda la obra, las dedicadas a la campaña de Setenil. El escaso número de éstas, sumado al hecho de la aparente coincidencia de su contenido, en términos generales, con el de otras crónicas, explica que no hayan sido mencionadas por los historiadores, en paradójica contraposición al vivo y merecido interés que han suscitado aquellas otras gáginas de la misma biografía que tratan aspectos inéditos sobre la política exterior y policía de costas del reinado de Enrique III.[5]

---

tion Service. 1414». *Modern Language Review*, XXXV (1941), 351-68, y luego confirmada por Francisco Cantera Burgos, *Alvar García de Santa María y su familia de conversos* (Madrid: C.S.I.C., 1952), 224, y por Benito Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española (hasta la publicación de la Crónica de Ocampo) (...-1543)*, 2.ª ed. (Madrid: C.S.I.C., 1947), 303-5.

[5] Juan de Mata Carriazo, ed., *El Victorial. Crónica de Pero Niño. Conde de Buelna. Por su alférez Gutierre Díez de Games* (Madrid: Es-

Nos vamos a encontrar, por tanto, con dos versiones, escritas obviamente por diferente mano, de unos mismos acontecimientos. En concreto de los acaecidos ante las plazas de Ronda y Setenil, que son aquéllos en los que se detiene Gutierre Díez de Games, el autor de *El Victorial*. ¿Qué de común y qué de diverso presentan estas dos versiones? ¿Parten de iguales informaciones? ¿Utilizan una misma perspectiva? ¿Se pudo servir el autor de *El Victorial* de la *Crónica de Juan II*, tal como hizo, por ejemplo, en otros casos el autor de la *Crónica de don Alvaro de Luna?* Conocemos el propósito magnificador de la biografía caballeresca de Pero Niño y podemos suponer, por tanto, de antemano que su retrato del personaje y su narración de los hechos van a pecar de parcialidad. Pero, ¿cómo nos muestra entonces el relato supuestamente desinteresado y objetivo de la *Crónica* al mismo personaje?

Gracias a estas dos obras, contamos con una preciosa oportunidad —y vamos a intentar aprovecharla— de confrontar dos relatos históricos coetáneos e intentar extraer algunas conclusiones sobre ciertos procedimientos de narración de la historia en la primera mitad del siglo XV. Procedimientos narrativos muy distintos, por no decir que casi contrapuestos. Mientras la crónica oficial utiliza como reglas el rigor, la imparcialidad, el orden y la precisión, nuestra biografía dibuja el panegírico de un caballero (Pero Niño) como perfecto caballero ejemplar. Gutierre Díez no pretendió escribir una crónica, sino que partió de una concepción novelesca de la historia, tanto o más influida por el modelo del *Libro de Alexandre* que por la prosa histórica más cercana (las crónicas de

---

pasa-Calpe, 1940). Citaremos siempre por esta ed., abreviada como *Vict.*, seguida del n.º de p. y la/s línea/s. Para más información sobre las relaciones entre otras partes de *El Victorial* y la *Crónica de Juan II* de Alvear García, ver mi art. «Del 'diario de a bordo' a la biografía: las campañas marítimas (1407 y 1410) en la *Crónica de Juan II* de Alvar García de Santa María y la doble redacción de *El Victorial*» (*AEM*, en prensa).

Alfonso XI, las crónicas de Ayala o la misma de Alvar García).[6]

Sin embargo, pese a ese cariz novelesco, lo que domina en la mayor parte de *El Victorial* es una narración básicamente histórica. M.ª Teresa Ferrer i Mallol estudió detenidamente el relato de la campaña de Pero Niño en el Mediterráneo, que tuvo lugar durante 1404, tres años antes de la de Setenil, y llegó a la conclusión de que dicho relato resultaba tan veraz, exacto, ordenado y rico en noticias como el de una verdadera crónica.[7] De hecho, *El Victorial* continúa siendo la única fuente cronística castellana, dado el silencio de la crónica oficial entre 1395 y 1406, con la que contamos para tratar el final del reinado de Enrique III.[8]

2.—Los preliminares de la campaña

Para seguir con lógica el hilo de la biografía, hemos de remontarnos a la mención en *El Victorial* de algunos datos y ano-

---

[6] Sin embargo, *El Victorial* ha sido confundido casi sistemáticamente con una crónica, desde la primera ed. de E. Llaguno Amírola, dentro de la «Colección de Crónicas y Memorias de los reyes de Castilla», que suprimió alegremente del texto todo aquello que al editor no pareció estrictamente histórico. El mismo Carriazo inicia con esta obra su «Colección de Crónicas Españolas», y algún art. reciente insiste en el seudo-título de la obra: «*Crónica de Pero Niño*». La palabra «*crónica*» no aparece en ninguno de los manuscritos de *El Victorial* para referirse a la obra.

[7] M.ª Teresa Ferrer i Mallol, «Els corsaris castellans i la campanya de Pero Niño al Mediterrani (1404). Documents sobre *El Victorial*», *AEM*, V (1968), 265-338.

[8] Junto con las crónicas portuguesas de Fernão Lopes y del condestable Nuno Alvares Pereira, *El Victorial* es, hasta el momento, la única fuente cronística para la historia de Castilla durante los años 1396-1399, los años de la guerra de Portugal, y junto con la *Embajada a Tamorlán*, la única para la política exterior del reino durante los últimos años de Enrique III (1403-1406). Ver a este respecto el resumen de sus propios trabajos anteriores que L. Suárez nos ofrece en «Castilla (1350-1406)», *Historia de España, XIV: La crisis de la Reconquista*, 3.ª ed. (Madrid: Espasa-Calpe, 1981), 370.

taciones previos a la campaña. Pero Niño acababa de regresar de una larga expedición al Atlántico, como capitán de la flotilla de apoyo a la marina francesa que, siguiendo la política de alianzas con Francia del rey castellano, éste había enviado para acosar las costas inglesas.[9] Después de pasar por su casa en Valladolid, visita al rey don Enrique, que está en Segovia, hacia finales de 1406. El rey escucha el relato de su viaje, le arma caballero y le promete grandes mercedes para el futuro (*Vict.*, 288-9). Sin embargo, muere pocos días después, dejando planteado el problema de la regencia hasta la mayoría de Juan II. Dicho problema ocupa los primeros capítulos de la *Crónica* de Alvar García, y está correctamente resumido por Gutierre Díez en *El Victorial:*

> Lebantáronse luego en el reyno algunas discordias, segúnd suele ser en otros tiempos quando los reyes son pequeños.
>
> Ayuntáronse los grandes caballeros, e vinieron a la corte por tomar el rey, con muchas gentes que consigo allegaron; e querían poner el reyno en tutorías. Mas [era] entonze en Castilla el ynfante don Fernando, leal e noble e muy católico, el qual desvió todas las otras cosas; e quedaron por tutores del reyno el mismo e la reyna doña Catalina, madre del rey don Juan; los quales mantubieron el reyno en paz e en justiçia e en grand asosiego mientra ellos bibieron. E desque ellos ansí fueron bien acordados, acordaron de continuar la guerra de los moros, que estaba començada... (*Vict.*, 189/31-190/8).

Las Cortes de Toledo ya habían aceptado, justo antes de la muerte del rey, un importante subsidio de 45 millones de maravedís, sobre los 100 millones solicitados, para sufragar

---

[9] Ver C. Fernández Duro, *La marina de Castilla* (Madrid: Real Academia de la Historia, 1893), 167 y ss. Para la interpretación histórica de la campaña, ver el trabajo de G. Daumet, *Étude sur l'alliance de la France et de la Castille au XIV et au XV siècles* (París: E. Bouillon, 1898), 64-5, y L. Suárez, «Castilla», 352-6. La mejor explicación detallada de los hechos de esta campaña atlántica la encontramos en la tr. francesa de *El Victorial*, a cargo de los condes Circourt y Puymaigre, *Le Victorial. Chronique de Don Pedro Niño, comte de Buelna, par Gutierre Díaz de Gamez son alferez (1379-1449)* (París: Victor Palmé, 1867).

los gastos de una importante ofensiva bélica contra el reino de Granada. El recorte obligó a que los ambiciosos planes quedaran aminorados, pero el dinero fue suficiente al menos para emprender esa corta ofensiva de verano que conocemos como campaña de Setenil.[10]

Pero Niño, nos dice *El Victorial,* había rechazado ser enviado como embajador a Francia, donde realizó valiosos contactos el año anterior, y había en cambio preferido participar en una empresa bélica más que en una diplomática, «*ca él entendía fazer más serbiçio al rey en aquella guerra, e a Dios, que non en la enbaxada*» (*Vict.* 290/16-8). Reunió y equipó entonces a sesenta hombres de armas, y marchó hacia la frontera en conflicto.

Los preliminares de la guerra están sumamente sintetizados en la narración de Gutierre Díez, y tanta síntesis produce a la fuerza errores, como habremos de comprobar. Pero veamos esas líneas, para poder después compararlas con el relato cronístico:

> El ynfante don Fernando sacó hueste e fué al reyno de Granada, e entró por Morón, e çercó a Zahara, e convatióla, e tomóla por fuerza. E ganó la Torre de Alhaquín, e a Pruna, e Ayamonte, que fuera perdido, por lo que se conmenzara aquella guerra; e ganó a Cañete, e a las Quebas, e a Pego (*Vict.*, 290/25-29).

Gutierre Díez se limita, más que a un resumen, a hacer una enumeración de los principales hitos del primer año de guerra, enumeración semejante a la que encontramos para las mismas acciones, por poner un ejemplo, en la *Refundición de la Crónica del Halconero.*[11]

---

[10] L. Suárez, «Los Trastámaras», p. 33.

[11] La *Refundición* habla de «Zaara», Pruna, Cañete, «Ortexica» y «la torre de Alayquine» (Juan de Mata Carriazo, ed., *Refundición de la Crónica del Halconero por el obispo don Lope Barrientos (hasta ahora inédita)* (Madrid: Espasa-Calpe, 1946), 18.

La lectura de la *Crónica* de Alvar García viene en nuestra ayuda, ofreciéndonos siempre un cumplido contenido que llena de sentido las ristras de topónimos parcialmente erróneas de los otros textos. La noticia de que los moros cercaban Priego (es obviamente el *Pego* corrompido que da Gutierre Díez), con una fuerza de cuatro mil caballeros y treinta mil peones, llega a la Corte real el 11 de abril (*A.G.*, cap. 26; p. 91). La partida del Infante es inmediata, el 13 de abril (*A.G.*, 28; 93). Le acompañan el condestable Dávalos, el adelantado mayor de Andalucía, Pero Afán de Ribera, y el recién confirmado (ver *A.G.*, 27; 92) maestre de Calatrava, don Enrique de Villena (*A.G.*, 28; 93-4).

La victoriosa —y milagrosa, a decir de Alvar García— cabalgada desde Olvera a la Torre de Alhaquín (qué no será tomada hasta casi seis meses después) y Ayamonte tiene lugar el 12 de mayo (*A.G.*, 30; 98-99). Pero más importante, no cabe duda, sería la conquista de Pruna por el maestre de Santiago, el 4 de junio, pese a haber sido tomada con gran facilidad y, al parecer, sin apenas acción violenta (*A.G.*, 31; 100-101).

El asedio de Zahara, que también menciona Gutierre Díez, ocupa en la *Crónica* de Alvar García nada menos que siete capítulos (*A.G.*, caps. 51-57; pp. 113-141). Games indica que entró por Morón y, aunque Alvar García no mencione Morón de la Frontera en este caso (sí al hablar de Pruna), muy bien pudo ser así. Después de un asedio de casi veinte días, el 30 de septiembre deciden los sitiados entregarla, en vista de los graves efectos que la artillería está causando sobre la villa. Piden a cambio el seguro para poder marchar libremente hacia Ronda, acompañados de sus mujeres y niños.

La entrada del Infante en Zahara, el 1 de octubre, la realiza acompañado de los grandes (Dávalos, Ponce de León, Juan de Velasco, Pero Afán), pero al final de esa lista, justo antes de la coletilla usual («*...e otros muchos ricos omes e cavalleros e escuderos fijosdalgo*»), nos interesa destacar que existe ya un hueco para Pero Niño: «*...e Pero Carrillo de Toledo, e Pero López de Ayala el Moço, e Pero Niño*» (*A.G.*, 55; 139-

140).[12] El Infante, después de ordenar el reparto de los pertrechos de guerra, partió de Zahara dos días más tarde, el 3 de octubre (*A.G.*, 61/149).

La *Crónica* de Alvar García continúa entonces con la exploración de Ronda y el sitio de Setenil, en los que a continuación nos detendremos. Las pequeñas conquistas (Torre de Alhaquín, Cañete, las Cuevas, «Pego») que enumera Gutierre Díez como previas al episodio de Ronda son, muchas de ellas, simultáneas, cuando no posteriores al asedio de Setenil. Hemos visto anteriormente cómo se había producido en mayo una cabalgata que obligó al enemigo a retirarse a Torre de Alhaquín y Ayamonte. La toma definitiva de la Torre de Alhaquín (hoy Torre Alháquine) ni siquiera llegó a ser —como sugiere Luis Suárez, o como nos quiere dar a entender Gutierre Díez—, una pequeña conquista. Fue sencillamente, a decir del informado cronista, una deserción de los moros que la ocupaban, habida cuenta del poderío de las huestes del Infante. No se llegó ni tan sólo al enfrentamiento (*A.G.*, 62; 151). De igual modo, la entrega del castillo de Ayamonte fue empresa pacífica, y coincidió con la fecha de asentamiento del real del Infante sobre Setenil (5 de octubre) (*A.G.*, 64; 154-5).

En cuanto a Cañete y Priego, son sendas fáciles «conquistas» realizadas dos días después por Gómez Suárez, hijo del maestre de Santiago, partiendo de Setenil. Priego «*fallólo despoblado, e tomólo*», mientras que en Cañete «*no estauan, entrólo, e tomólo por fuerça*». De las plazas enumeradas por Games sólo queda, por tanto, la de «las Quebas», castillo cercano a los anteriores lugares, adonde envía el Infante el 7 de octubre sesenta lanzas. Tanto las Cuevas, donde «*diz que eran fasta treinta moros*», como el castillo de La Torre, son com-

---

[12] De los caballeros que anteceden a Pero Niño en la lista, el primero resulta ser el padre de Carrillo de Huete, el autor de la crónica editada por Carriazo, *Crónica del Halconero de Juan II, Pedro Carrillo de Huete (hasta ahora inédita)* (Madrid: Espasa-Calpe, 1946). Al segundo, hijo del Canciller Pero López de Ayala, «el Viejo», ya lo habíamos encontrado peleando junto a Pero Niño en el cerco de Gijón (*Vict.*, 78/14).

batidos durante algunos días y en ambos se produce deserción nocturna del enemigo, lo que deja los lugares a merced de los castellanos (*A.G.*, 67; 158).

En resumen, Gutierre Díez nos ofrece en esas líneas de introducción una enumeración de las conquistas complementarias de la que era principal objetivo de la campaña, Setenil. Es una lista que coincide bastante exactamente con las muchísimo más pormenorizadas tomas de las que nos habla Alvar García. Habría un añadido, el de Pruna, conquistada mucho antes. Alguna carencia importante, como la de Ortejícar (ver *A.G.*, 70; 161). Y una corrupción: «Pego» por Priego. Lo que resulta exagerado a todas luces es la constatación y conclusión del autor de *El Victorial:*

> En todos estos lugares que ganó el ynfante se acaeçió Pero Niño, e fizo tanto por sus manos como el que ende más fizo (*Vict.*, 290/29-31).

No sólo algunas de estas tomas fueron simultáneas, sino que, a su vez, se dieron al mismo tiempo que tenía lugar el cerco de Setenil, donde vamos a encontrar a Pero Niño. Sin dudar de su capacidad atlética, difícilmente sería explicable esa extraordinaria ubicuidad, que hay que achacar al celo de Gutierre Díez por magnificar a su héroe.

3.—El reconocimiento de Ronda

La narración del reconocimiento de la plaza de Ronda ocupa un capítulo de solamente dos páginas en la *Crónica* de Alvar García. Pero es un capítulo para nosotros importantísimo, puesto que buena parte del mismo está dedicada a dar constancia de la valiente escaramuza que ante las puertas de la villa realizaron Pero Niño y otro personaje, un tal Alvaro. Por supuesto, esa misma escaramuza está presente también en el relato de *El Victorial.* Pero, ¿con qué similitudes o diferencias? Es lo que vamos a ver a continuación.

La presentación del episodio en *El Victorial* es como sigue:

> Quando el ynfante ovo ganada Zahara, fué sobre Setenil; e yendo la hueste por el camino, el condestable don Rui López apartóse con dos mill de a caballo e fué mirar a Ronda, e púsose ante la villa (*Vict.*, 290/32-291/1).

Esta presentación coincide casi exactamente con la de Alvar García, quien nos dice que el 3 de octubre mandó el Infante al conde don Martín Vázquez, junto con otros portugueses, y a Alvaro, camarero del Infante, con otros castellanos, para que «*fuesen ver a Ronda*». Se cierne la noche y la expedición se pospone para el día siguiente. De buena mañana, cuenta Alvar García, «*el condestable fué a ver a Ronda, con los que el Infante avía ordenado que fuesen allá. Los que fueron allá eran fasta dos mil lanças aforradas, e corrieron fasta las puertas de Ronda*». La cifra coincide con la que nos ha dado Gutierre Díez (*«dos mil de a caballo»*), si bien la proporción más normal debiera ser la de un jinete cada dos lanzas, con lo que el número de caballeros que da *El Victorial* sería excesivo.

El Victorial intercala una breve descripción de Ronda, con sus peñas cerca de la mezquita, su puente (*«la alcantarilla»*) y la famosa «*plaza del Mercadillo*», que no nos ofrece Alvar García. Justamente en esta plaza, delante de la villa, «*volvióse allí vna reçia escaramuza*» (*Vict.*, 291/6). Del mismo modo, en la *Crónica* se nos dice que «*salieron a escaramuçar con ellos, e començaron a pelear muy de rezio con los cristianos, e los* [*sic:* ¿éstos?] *con ellos, en manera que murieron ay vnos diez y seis moros*». Y es a continuación de esta escaramuza cuando Alvar García menciona la actuación de Pero Niño, pasaje que por su importancia para la confrontación con el de la biografía debemos reproducir íntegro:

> E ay mataron los caballos a Pero Niño e Aluaro, camarero del Infante, e fueron feridos muchos cristianos, e murieron algunos dellos.
>
> E ay murieran muchos más, si no fuera por los debates que tomó Pero Niño con Auaro [sic], camarero del Infante,

> que cada vno tenía çelo del otro, que querían aventajarse a dar en los moros. E tanto se apresuraua el vno e el otro por yr a ellos, que entendía cada vno que el otro quería llevar la mejoría dél, e el otro no le daua ese lugar. En tal manera, que por la su escaramuçar dellos con los moros se arredrauan a la villa, e ellos recebían daño dellos. E los moros escusábanse de salir a lo largo; e si salieran, forçado fuera de morir dellos muchos (A. G., 61; 150/14-26).

Alvar García, muy objetivo, no tiene la menor duda en adjudicarles el mérito de la victoria sobre los moros, que habían salido en tropel a detener la expedición enemiga. Pocas veces encontramos plasmada con igual trasparencia la certeza de una rivalidad, que el cronista considera, con toda razón, impulso motor de ese comportamiento heroico: «*que cada vno tenía çelo del otro, que querían aventajarse a dar en los moros*». *El Victorial* nos va a ofrecer su versión de esa escaramuza, pero lo curioso, y también sintomático, es que va a prescindir totalmente de la actuación de Alvaro, el camarero del Infante, con quien Pero Niño se había medido. Silenciado Alvaro, desaparece el motivo de la rivalidad y el pasaje queda como una tópica hazaña particular más del protagonista.

A cambio, en la versión biográfica vamos a ver muy ampliada la acción de otro personaje, Rui Díez (o Díaz) de Mendoza, a quien Alvar García sólo menciona rápidamente, justo después de relatar la actuación de Alvaro y Pero Niño: «*Aquí provó muy bien Ruy Díaz de Mendoza, criado del maestre de Santiago*». Este personaje debía de ser viejo amigo de Pero Niño, puesto que ya lo habíamos encontrado en *El Victorial*, luchando junto a éste, tanto en Gijón (*Vict.*, 78/13), como en Portugal (*Vict.*, 96/16 y 97/1), bastante más jóvenes ambos y seguramente él todavía muy poco «*calvo*», que es el apodo que le adjudica *El Victorial*.[13] Incluso se puede tener la impresión de que este Rui Díez está supliendo al escamoteado Alvaro,

---

[13] Ver un famoso «Calvo» de la *Crónica de Fernando III*, en un episodio que comentamos *infra* (cap. 3.3).

puesto que en la narración de *El Victorial* sirve de acicate para la acción de Pero Niño:

> ... falláronse luego él e Rui Díez de Mendoza el Calvo; e dixo a Pero Niño:
>
> —Yo sé esta tierra. Yo vos enseñaré vn paso muy bueno, por onde pasedes a ellos.
>
> E el otro abrióle por ber lo que faría aquel día Pero Niño. Ese mismo pensamiento había el otro, que avía oydo dél fama de buen cavallero, e de buen fidalgo de dos o tres rozines.

Hay un patente tono de desprecio hacia ese «*buen fidalgo de dos o tres rozines*». Gutierre Díez sustituye la rivalidad verdaderamente peligrosa por el estímulo fácil y servil de este cómodo amigo, que desaparece oportunamente de la escena, sin osar disputar la honra a Pero Niño. Resumiendo al máximo la narración prolija de *El Victorial,* digamos que Pero Niño entra una primera vez en la escaramuza, pero al no ir suficientemente armado se retira (291/7-26). Cuando regresa con el caballo, rodeado de enemigos («...*que auía más de cien moros*»), empieza a herir y matar, primero con su lanza hasta romperla, después con la espada hasta perderla en un golpe mortal contra un moro. En estos momentos, Gutierre Díez se deja llevar por la violencia de la acción y utiliza como principal resorte expresivo la truculencia de la narrativa de ficción.

Sin armas, acosado por todas partes, «*ca le asían por las piernas, tirando por él, e lleváronle la bayna de la espada, e la daga*», llega un momento en que el problema es salir de la escaramuza. Entonces, provisionalmente, el protagonista pasa al caballo. Recordemos que Alvar García presentaba la acción de los dos con la nota de que «*ay mataron los caballos a Pero Niño e Alvaro*». Gutierre Díez amplifica el motivo extraordinariamente:

> E ansí andando, sintió que enflaquezía su caballo; e mirándolo, vió que corría dél sangre mucha, e que ya non le podía traer, e que fazía poco por las espuelas. Volvió a su gente el cavallo, que non podía más, e él firiendo e delibrándose dellos. Asíanse dél; el cauallo era de buena natura, e aunque le falleszía la fuerza, de los golpes e grandes feridas

> que le auían dado, non le fallescía el coraçón, porque sacó a su señor de tal lugar. Antes que el cavallo cayese, dióle vn su paje otro caballo; e dende a poco cayó el buen cavallo muerto en tierra, colgando las barrigas e las tripas fuera por muchos lugares (*Vict.*, 292/15-24).[14]

Todavía regresará el maltrecho caballero a pelear. La espada se hará entonces indicio metonímico de su esfuerzo, como antes lo había sido el caballo (*Vict.*, 292/29-32).

En conclusión, podemos deducir que diferencias básicas entre los textos de Alvar García y Games no existen. Sencillamente las notas que el primero da sobre la muerte del caballo, protagonismo de Pero Niño en la escaramuza y actuación de Mendoza, están en el segundo convenientemente aplicadas, así como la presencia de Alvaro sibilinamente escamoteada para que no reste mérito al del que fue su rival.

4.—SETENIL

El capítulo dedicado en *El Victorial* al ataque a la plaza de Setenil es ciertamente confuso. Una lectura sosegada permite advertir palpables incoherencias y graves errores de sentido. Es como si alguien hubiera barajado como naipes las

[14] La importancia concedida a la muerte del caballo, al igual que el tema de la rivalidad caballeresca, es tópico en la cronística (por ejemplo, en la *Gran crónica de Alfonso XI, passim*) y en la literatura de ficción (por citar un solo caso, en *Lanzarote del Lago*, ed. Carlos Alvar (Madrid: Alianza, 1987), cap. LII, p. 358). Pero observemos la tremenda prosopopeya: el caballo es héroe «de buena natura», a quien «non le fallescía el coraçón» y que «sacó a su señor de tal lugar». La descripción truculenta de su muerte es otro tópico (en el mismo *Vict. infra*, 343/34, y ver el *Libro de Alexandre*, estr. 2.088: «Buçifal (...) ixién los estentinos, semejavan süeras»). La mención que la ed. de Galíndez ofrece del hecho puede dar buena idea de su tratamiento del texto original. Tan sólo dice: «é los Moros mataron los caballos á Pero Niño é á Alvaro Camarero, é fueron feridos muchos Christianos. En este día se hubo muy valientemente Diego Hurtado de Mendoza» (*Cr. de don Juan II*, ed. cit. de la *BAE*, año 1407, cap. XLI, p. 294). Con toda seguridad, Galíndez ha equivocado Ruy Díaz de Mendoza por Diego Hurtado de Mendoza, una confusión verdaderamente imperdonable.

hojas que después un copista se ha limitado a yuxtaponer arbitrariamente. Y la comparación, creemos, no anda muy lejos de lo que verdaderamente pudo ocurrir con estos fragmentos. De hecho, la *Crónica* de Alvar García nos va a dar no sólo la prueba de la incoherencia del texto paralelo, sino, mucho mejor, una explicación muy plausible del capítulo entero. Sin su ayuda, esas páginas de *El Victorial* resultan en determinados momentos francamente ininteligibles.

Vamos a dividir la versión que ofrece Gutierre Díez de Games del capítulo de Setenil en ocho apartados, descubriendo en cada caso sus incoherencias y confrontándolos con la versión de Alvar García, que resuelve algunas de ellas. Para finalizar, daremos, a partir de las aportaciones de esa confrontación, nuestra propuesta de reorganización del episodio de *El Victorial.*

4.1.—*Asentamiento y disposición de las lombardas.*

El 5 de octubre, un día después del reconocimiento de Ronda por parte del condestable (era el capítulo de la escaramuza de Pero Niño y Alvaro), éste fue a informar a don Fernando de las dificultades de la plaza, tras lo que «*partió el Infante de allí, e fué a poner su real sobre Setenil*» (*A.G.*, 61; 150). De igual modo, nos informa Gutierre Díez de que:

> Partió de allí el condestable e fuése a la hueste. El ynfante don Fernando asentó real sobre Setenil, e cercóla de amas partes, e lanzáuale cada día muchas piedras de lonbardas, e queríanla conbatir (*Vict.*, 292/34-293/3).

La descripción de Alvar García, anotando que la villa «*está toda en peña tajada, e tanto que lo menos alto della son de altura de dos lanças de armas, e más*» (*A.G.*, 63; 151/19-152/1), coincide también en buena parte con la que intercalará Gutierre Díez:

> la villa toda hera asentada sobre peña taxada, e que a lugares avía la peña vna lanza en alto, e a lugares [blanco] brazas; e para llegar al pie de la peña avía de subir vna questa bien agra (*Vict.*, 293/22-24).

Tanto esta descripción de la villa en alto, como los detalles sobre el asedio, están mucho más ampliados en la *Crónica* (cfr., por ejemplo, el «*cercóla de amas partes*» del primero, con *A.G.*, 63; 1521-12-17). Del mismo modo, Alvar García nos proporciona detalles sobre la utilización de sólo tres de las cinco lombardas (o bombardas) incluidas entre los pertrechos de la campaña.[15] Y mientras Gutierre Díez se limita a resumir que «*lanzávanle cada día muchas piedras de lombardas*», Alvar García sabe expresar mucho más vivamente la actividad de la artillería:

> E mandó que tirasen muy de reçio. E tiraron tanto, que se gastaron todas las piedras, que estauan en gran priesa, que no fallauan los pedreros do pudiesen sacar piedra (A. G., 63; 153/3-5).

Solucionado el problema de la provisión de piedras —sólo para acarrearlas desde un cercano valle hicieron falta ciento cincuenta hombres—, surgió uno nuevo y más grave. Quebró la llamada «lombarda de Gijón». El Infante mandó traer entonces de Zahara «la de la Vanda», encomendándosela al condestable Dávalos (volveremos a este episodio con más detenimiento). Nada más instalada, empezó de inmediato a hacer estragos en el alcázar enemigo (*A.G.*, 63; 153).

4.2.—*La manta (I y II).*

Seguiremos en los dos apartados siguientes la lectura de *El Victorial* exclusivamente. Nada de lo que ha incluido en este fragmento (a diferencia de lo que ocurría en el anterior) puede estar tomado de la *Crónica*, a la que, sin embargo, tampoco se llega a contradecir. Sencillamente, trata de motivos que no encontramos en ella.

---

[15] En Setenil sólo se utilizarían las dos de fuslera y la llamada «de Gijón», puesto que no había tiempo para transportar la «grande» y la «de la Vanda», que precisaban de doscientos y ciento cincuenta hombres respectivamente, para ser arrastradas.

El primero de ellos es el que está referido al aparato defensivo de la manta. Por la *Crónica* sí sabíamos que el Infante «*encomendó vna manta al condestable, que mandó poner çerca de la lonbarda de la Vanda, que él tenía encomendada, que estaua enfrente de la puerta de la villa*» (*A.G.*, 65; 156/25-7). Pero nada más se decía por el momento de este importante instrumento de defensa y, por supuesto, para nada se mencionaba a Pero Niño. En la versión de *El Victorial*, es Pero Niño quien parece recibir directamente del Infante la encomienda de la manta:

> Mandó fazer vna manta de rezia madera encorada; e mandó el ynfante a Pero Niño que llegáse él con su gente a çerca de la caber [sic; ¿cava?], e que la guardase que la non quemasen los moros.
>
> E Pero Niño tomó el cargo della, e pasaron allí grand peligro e afán él e su gente, e en la guardar, en tanto que allí estuvo el ynfante; ca salían los moros de la villa muy a desora, de noche e de día, tanto que los que la guardauan no podían comer ni dormir por la defender, sobre lo qual ovo muchos muertos e feridos. E desde aquella manta fizo Pero Niño muchos tiros señalados; ca hera buen ballestero (*Vict.*, 293/3-13).

Es probable que Dávalos pusiera a Pero Niño al cargo de la manta mientras él se encargaba directamente de la lombarda. El mantenimiento de la manta (este fragmento 2) enlazará con el que en *El Victorial* sería fragmento 6. Como vamos a intentar demostrar, lo lógico habría sido que tal fragmento viniera a continuación de éste. Sin embargo, aparece una página después, sin apenas sentido por sí solo y rompiendo, al hacer de cuña sin hilazón, la coherencia del texto en el que se inserta, es decir del fragmento que iría entre las líneas 294/7-11 y 294/25-7, como veremos más adelante. El citado fragmento 6 es el siguiente:

> E vn día, estando Pero Niño a la manta, non dixo nada a ninguno de los suyos; salió fuera, armado de vna cota e vna barreta, e brazales, e vna espada, e su paués enbrazado, e fué derecho del espolón de la villa, e todauía el canto de la caua, mirándola toda bien a paso, fasta que llegó en derecho de la

> puerta de la villa; e allí cogió vna manada de viratones en el pabés, e tornóse a la manta. Pero sabed que en aquel camino fué él bien servido de los moros que estauan en la barrera de la villa, e non fué bien llegado a la manta, e duró vna grand pieza; e como la manta hera qubierta de cueros, el ruido hera tanto que se non podía oyr, e parescía que todo el mundo se fundía en tempestad (*Vict.*, 294/12-24).

Por supuesto, la hazaña particular, feliz y victoriosa de Pero Niño (que parece emular aquí a su compañero García de Valdés, y por tanto a un personaje de la *Primera Crónica general*, como veremos en el fragmento siguiente), no aparece mencionada por la *Crónica*. No sólo eso. La *Crónica* nos ofrece, a propósito de la misma manta, aunque suponemos que refiriéndose a un hecho acaecido otro día, la cruz de la moneda. El pasaje es el siguiente:

> Ya avedes oido cómo çerca de la puerta de Setenil avía mandado poner vna manta, en que tirauan vallesteros, por guarda de las lonbardas, de que tenía guarda el condestable, e Áluaro, camarero del Infante, e Rodrigo de Naruaes, e Pero Alonso de Escalante, según la Historia lo a cantado.
>
> E paresçe que en lunes diez e siete días de octubre, ansí como antes que el sol saliese, siendo el día claro, los moros miraron la manta de ençima el adarue, e vieron que en guarda de la manta e de las lombardas que estauan muy poca gente, que no estauan sino siete omes de armas. E que en esto vieron los moros, juntáronse fasta ochenta o çient moros, poco más o menos, con sus adargas e lanças e ballesteros dellos, e abrieron, e salieron a los de la manta, e mataron dos de los cristianos, e tomaron vn bacinete de armas e dos lanzas. E los otros fuyeron ende, saluo vn ome de armas e vn ballestero que ende quedaron, defendiéndose de los moros (A. G., 73; 166/10-25).

Los valientes moros, instados por su alcaide, se recogieron en la villa tras su salida. El hecho produjo la lógica irritación en el Infante, expresada en duras palabras de reproche al propio condestable. La *Crónica* refleja perfectamente la furia reprimida del Infante, anotando cómo parte solitario y triste tras el diálogo con su principal (*A.G.*, 73; 167).

Alvar García nos muestra el más realista contrapunto al triunfal pasaje anterior. Pero Niño, en la versión de Gutierre Díez, «*cogió una manada de viratones en el pabés*». Para el cronista, si bien es muy probable, como decíamos, que no se trata de la misma acción (podemos incluso deducir una nueva rivalidad con el criado del Infante, Alvaro, a quien la *Crónica* vuelve a citar), vemos que los de Setenil —casi la misma operación— «*tomaron vn bacinete de armas e dos lanzas*». No debemos dudar totalmente de la veracidad, siempre relativa, de un acto de valor como el del caballero, pero la acción, tan desgraciada (con trágicas muertes) como vergonzosa (huida), tal como es expuesta por la *Crónica*, parece mucho más coherente con la progresiva pérdida de interés que va a motivar, en breve, el fracaso y final de esta primera campaña del Infante.

4.3.—*La exploración de Pero Niño y García de Valdés.*

El fragmento que sigue a continuación en *El Victorial* sigue sin tener relación alguna con la *Crónica*. Supone, además, una de las pocas ocasiones en que se concede a otro personaje, y no al biografiado Pero Niño, el protagonismo de una acción. Estando presente éste, queda excepcionalmente —casi por única vez en la obra— en un segundo plano. El fragmento comienza con la llamada del Infante a Pero Niño, García de Valdés y otros, para que vayan a explorar la villa desde lo más cerca posible. Así lo hacen, bien escudados, en evitación de las «*muchas pedradas e saetadas*» que sufrían, procedentes de la zona asediada. Regresan al real y exponen al Infante sus opiniones sobre la dificultad de combatir Setenil (*Vict.*, 293/14-25).

Más propiamente este fragmento tendría que haber correspondido al inicio del asedio, cuando es mandada reconocer la villa. Aquí, mediado éste, no parece conservar todo su sentido. Pero la pequeña hazaña de García de Valdés, el compañero de Pero Niño, que acto seguido leemos en la biografía,

parte evidentemente de la premisa de esta exploración. El breve pasaje es como sigue:

> E acaeçió que cuando aquellos cavalleros entraron a mirar la villa, que se le cayó la barreta que levaba en la cabeza el buen cavallero provado Garçía Baldés, e rodó fasta lo más vaxo de la cava; e estonze mostró que non daua nada por ella, e cubrióse con su paués, e ansí andando mirando e tornó con los otros caballeros. E después, a cavo de grand pieza, tornó él solo, e entró en la cava, e sacó su barreta; donde le dieron muchas saetadas e pedradas; e salió dende a guisa de buen cavallero (*Vict.*, 293/26-33).

De García de Valdés no se vuelve a hacer mención en *El Victorial.* Tampoco hallamos su nombre en la cronistica oficial. No dudamos de su amistad con Pero Niño, o con el autor, pues éste quiso rendirle el pequeño homenaje de hacerle aparecer junto a aquél en la insignificante aventura. Pero el interés principal del fragmento es otro. Parece estar trazado a partir del modelo de un episodio cronístico que nos narra la *Primera crónica general,* acaecido durante el reinado de Fernando III a Garçi Pérez de Vargas. Se trata de uno de los que Diego Catalán ha calificado como *historia-ejemplos.* La anécdota del episodio es tan simple como la de *El Victorial:* Garçi Pérez de Vargas pierde su «cofia» (es la «barreta» en el caso de García de Valdés) cerca del real enemigo. Cuando se da cuenta del despiste, no tiene la menor duda ni miedo de regresar a recogerla, completamente solo, sin que siete moros acechantes, temerosos de su fama y valor, osen atacarle. El episodio, como algunos otros de la misma crónica, se prestará a un tardío romanceamiento.[16]

---

[16] La anécdota destaca en medio de la ya de por sí animada crónica, gracias a un hábil artificio narrativo. La acción de Pérez de Vargas, supuestamente realizada de incógnito, está siendo vista desde el real por su amigo Lorenzo Suárez (otro caballero semibiografiado en la crónica). Éste se la está contando, diríamos que «en directo», al rey. De manera que el cronista, a través de la voz de Lorenzo Suárez, está

Hay una coincidencia, claramente humorística, que confirma el modelo de esta *Primera crónica general* para nuestro capítulo. Un rasgo identifica inequívocamente el personaje de Garçi Pérez de Vargas con otro recién mencionado —como hemos visto— por Games: la calvicie. Hemos señalado como Rui Díez de Mendoza era identificado por Gutierre Díez a través de un apodo que no encontramos para él en la *Crónica* de Alvar García: justamente, el de «*el Calvo*». Pues bien, en un momento que debía despertar la hilaridad de los oyentes de la crónica de Fernando III, cuando Garci Pérez vuelve a recoger su cofia, se produce el siguiente diálogo con su asustado escudero:

> ¡como, don Garcia, por vna cofia uos queredes tornar a tan grant peligro? (...) Et Garci Perez le dixo: «non fabledes en ello, ca bien veyes que non he cabeça para andar sin cofia»; et esto dezie el porque era muy calvo, que non tenie cabellos de la meytad de la cabeça en adelante...».[17]

La fama del episodio de la cofia —de la que es prueba, como decimos, su persistencia en el Romancero— se prestaba a que fuera recordado lo suficiente como para dedicar, utilizándolo como modelo, unas líneas a un hecho, el de García de Valdés y su barreta, tan nimio, pero por ello mismo literariamente significativo, como el de la *Primera crónica general.*

---

recreando y ensalzando la pequeña hazaña ante el monarca, dentro del texto y, consecuentemente, ante nosotros, fuera de él: «¿Vedes commo torna a los moros Garçi Pérez, quando vio que los moros nol querien cometer? agora ua el cometer a ellos; agora ueredes las maravillas que el fara que vos yo dezia, sil osaren atender» (*Primera crónica general de España,* ed. Menéndez Pidal (Madrid: Gredos, 1977) II, cap. 1084, p. 752). Ver asimismo los romances 933, 934 y 935 del *Romancero* de Agustín Durán (también el 936 está protagonizado por el mismo personaje, correspondiendo a lo contado en *PCG,* cap. 1.112, pp. 762-3).

[17] *PCG,* p. 752.

4.4.—*La bastida.*

Ambas crónicas coinciden en que, tras la encomienda de la manta, la construcción de la bastida es el siguiente paso importante en el cerco de Setenil. Así, Alvar García:

> mandó el Infante hazer una bastida (...) e fizo luego yr carpinteros a cortar madera (...) e mandó a otros que fiziesen traer los cueros de los bueyes e vacas que heran muertos en el real, para encorar (...), fué fecha la bastida e enmaderada en poco tiempo (...), era tan alta como la torre que estaua en derecho de la puerta de la villa (A. G., 68; 159/12-23).

Gutierre Díez resumirá en unas líneas, con relativa exactitud, los más detenidos pasajes de la crónica:

> Después mandó el ynfante fazer vna bastida de madera, alta e fuerte, e bien encorada, e clauada sobre ruedas, e mandó al condestable que la fiziese llegar ante la puerta de la villa, porque allí hera la menos fortaleza; avnque todo el lugar hera fuerte, por vna grand torre que estaua sobre la puerta, e la entrada de la puerta hera atravesada, e con buena cava, para lo qual mandó el ynfante traer muchos fazes de leña e espuertas de tierra para la cegar (*Vict.*, 293/34-294/7).

Las similitudes, además de las resaltadas, son obvias: «*bien encorada*» frente a «*encorada con cueros de bueyes*» en la *Crónica* (*A.G.*, 78; 174/33); la ciega de la cava en *El Victorial* con, más adelante, «*cegar la causa de rama e de tierra*» en la *Crónica* (*A.G.*, 78; 175/15-6), etc.

4.5.—*Consecuencias de la quiebra de la bastida: descontento general y alzamiento del sitio.*

La triste suerte de la bastida nos llegará unas páginas después, tras tantos vanos afanes por terminarla a tiempo, lo que ocurre el 22 de octubre (*A.G.*, 78; 174/27-175/1). Desafortunadamente, dos días más tarde, el lunes 24, anunciado ya el combate, cegadas con ramas las cavas que impedían su

paso y siendo empujada la máquina de guerra nada menos que por quinientos hombres, se atascó primero uno de los carretones que la sostenían, se rompió luego un segundo, y quedó el edificio entero atascado y medio descoyuntado (*A.G.*, 78; 175/2-176/4).

La quiebra de la bastida no era más que el último eslabón dentro del rosario de pequeñas desgracias que había ido desgranando la *Crónica* a lo largo de los capítulos anteriores (caps. 74-77) y que en definitiva justificarán la retirada final. La disidencia había venido aumentando a la par que las dificultades. Incluso, nos llega a decir el cronista, cuando estaba dispuesto el combate definitivo, finalmente frustrado a causa del accidente, los caballeros:

> murmurauan porque la gente era muy fuerte, e que en este combate que morirían muchos ente [sic] della, que valdría más que no el lugar de Setenil (A. G., 78; 174).

Las quejumbrosas líneas de Gutierre Díez, justamente después de la descripción de la bastida, de cuya quiebra, sin embargo, no habla, coinciden con las de Alvar García en trasmitir su censura hacia ese ambiente de oposición al arriesgado asalto definitivo. Gutierre Díez, superando en este caso su habitual papel de panegirista, no puede ocultar, con Alvar García, su disgusto por las divisiones en el bando del Infante. Expone su valoración, además, desde una perspectiva más distanciada e incluso, aquí, más valiente que la del cronista oficial, al plasmar la idea de que los caballeros todavía no tenían el temor al Infante que le tendrían más adelante (294/7-11 y 294/25-7).

Precisamente a continuación de ese razonamiento o, mejor, en medio (es decir, entre las líneas 294/12-24), cortando en cierta manera su sentido, se encuentra el fragmento con la hazaña de Pero Niño desde la manta (fragmento 4.2.II), que ya comentamos. Obviamente, en la *Crónica* el fragmento de la manta era también anterior (cap. 76) al de la ruptura de la bastida (cap. 78).

Como hemos dicho, el Infante ha de convocar Consejo. Los argumentos de los consejeros son unánimes en favor del abandono de la plaza. El Infante debe ceder ante la opinión de los grandes y decidir, el mismo 24 de octubre, la partida para el siguiente día. Las razones expuestas en el Consejo ocupan varias páginas dentro de la *Crónica*, y son verdaderamente interesantes para entender el espíritu y las expectativas con que eran emprendidas este tipo de campañas, pero en lo que afecta a nuestra comparación lo son más en cuanto que pueden aplicarse como premisas a la conclusión que ofrecerá Gutierre Díez sobre la retirada. Aunque él no explica ésta con la lógica histórica que utiliza el cronista real, en definitiva la actitud de ambos escritores ante la figura del Infante es igualmente respetuosa y elogiosa. El es el único que se salva de la deserción general. De ahí, su «*grande enojo*» frente a los nobles (*A.G.*, 78; 176/8), que Games traduce en el mismo sentido:

> El ynfante entendió la razón e mucha de la gente se dehurtauan de noche. Levantó el real muy descontento e contra su voluntad, e partió dende (294/25-7).

La partida desde Setenil hacia Olvera, a tan sólo dos leguas, está igualmente mencionada por el texto de *El Victorial* (294/27-34) y por Alvar García (78; 179/34-5), así como las alusiones, en un mismo tono de comprensible pesimismo, al desorden y la precipitación en la huida y en la quema y el abandono de valiosos pertrechos. Gutierre Díez ilustra ese tono con el ejemplo del error en la quema de una de las tiendas del infante, de lo que no habla el cronista (ver *A.G.*, 180/18-21). Pero es evidentemente la narración más detenida de Alvar García la que mejor sabe trasmitir esa sensación de tristeza e impotencia al ver el poderoso ejército en desbandada, «*que bien paresçía, gente de mal acuerdo e mal mandados*» (*A.G.*, 181/3).

4.6.—*Propuesta organizativa.*

A tenor de lo visto sobre el episodio de Setenil, nos podemos permitir la propuesta de un orden más lógico en la narración de *El Victorial,* que sería:

1.—(frag. 1) 292/34-293/3:	Asentamiento en Setenil y disposición de las lombardas.
2.—(frag. 2) 292/3-13:	La manta (I).
y 294/12-24:	La manta (II).
3.—(frag. 3) 293/14-33:	La exploración de Pero Niño y García de Valdés.
4.—(frag. 4) 293/34-294/7:	La bastida.
5.—(frag. 5) 294/7-11:	Consecuencias de la caída de la bastida: — el descontento general.
[294/12-24:	*La manta (II)*]
y 294/25-34:	— el descontento y el alzamiento del sitio.

Como vemos, el cambio fundamental se da en el fragmento de la manta (frag. 2.II), que pasa de estar incluido en medio del fragmento 5 a ser segunda parte del fragmento 2.I. Si leemos el fragmento 2.II en el orden en que aparece en los manuscritos que conocemos no deja de guardar un cierto sentido por sí mismo. El problema estriba en que rompe el sentido del fragmento en el que se inserta (frag. 5). Cuando leemos la primera línea a continuación del fragmento 2.II (líneas 12-24): «*El ynfante entendió la razón...*», comprendemos que «*la razón*» no puede referirse al comportamiento heroico de Pero Niño, desde la manta, que nos acaba de mostrar el párrafo anterior. «*La razón*» evidentemente se refiere al hecho de que

«los caballeros (...) heran mal contentos con el ynfante», motivo *(«razón»)* desarrollado justamente antes del citado fragmento 2.II (en línea 10).

Esta hipótesis reorganizativa nos hace pensar que el fragmento 2.II pudo haber estado escrito, en una primera redacción, en hoja aparte, y que luego fue incluido erróneamente una hoja después del lugar que le debía haber correspondido por lógica. Tengamos en cuenta que no se trata de una excepción, sino que todo el episodio parece creado a partir de una fragmentación semejante. En el apartado siguiente trataremos de ahondar en el problema, pero ahora baste comprobar que el orden de los fragmentos 2 (la manta) y 3 (la exploración de Pero Niño y García de Valdés) es perfectamente conmutable. Si el fragmento 3 hubiese ido delante del fragmento 2 (lo que por otra parte parecería incluso más acorde con el orden de la crónica), el pasaje habría sido igualmente inteligible. Ambos están enlazados por yuxtaposición y no por causalidad. La hoja suelta del fragmento 2.II no sería excepcional. El hecho fortuito de su mala colocación podría estar sirviéndonos de síntoma de lo que sería la redacción original del capítulo, una redacción totalmente fragmentada que el autor no pudo o no supo ensamblar correctamente. Pero el siguiente apartado puede ofrecer nuevas informaciones al respecto.

5. La hazaña del condestable Dávalos.

El último episodio de la campaña de Granada que incluye *El Victorial* está relacionado directamente con el abandono del cerco de Setenil. Se refiere a un hecho particular dentro de los muchos que constituirían la penosa retirada del sitio. De nuevo, y esta vez con todavía mayor gravedad, nos vamos a encontrar en la biografía de Pero Niño con un relato ininteligible, que sólo la lectura complementaria de la *Crónica* ayuda a desmadejar. En esta ocasión el episodio está protagonizado por otro personaje, el condestable Dávalos, principal valedor de Pero Niño en la juventud de éste. La confron-

tación de dicho episodio con el cap. 79 de la *Crónica* nos va a descubrir elementos que seguramente aportarán nuevas ideas sobre la relación entre ambos textos.

En la *Crónica*, en concreto, la hazaña de Dávalos que vamos a comentar destacará en medio de la calamitosa retirada como un oasis de esperanzador heroísmo. De hecho, podrá entenderse su protagonismo también en ella como un intento de reivindicación de la figura del condestable, realmente vejado por el Infante tras el desastre de la manta y en buena parte directo responsable del fracaso del asedio. Para el estudio del pasaje, de nuevo lo dividiremos, esta vez en cuatro fragmentos.

5.1.—*La pérdida de los pertrechos.*

Después de la precipitada retirada, a la que ya nos hemos referido, Gutierre Díez mantiene el hilo de su relato en la retaguardia, donde permanece todavía Pero Niño, siempre dentro del grupo del condestable:

> E quedaron en la reguarda el condestable, e el maestre de Santiago, e el conde don Martín Bázquez de Aquña, e Pero Niño, e otros caballeros (*Vict.*, 294/29-31).

El texto de Alvar García confirma el dato:

> E el Infante mandó estar quedos en el real, fasta que fuese alçado, el pendón de Seuilla, e al maestre de Santiago, e al condestable doy [*sic*] Ruy López Dávalos e Diego Fernández, mariscal del rey (...). E el condestable quedó en la reguarda (A. G., 79; 181/5-8 y 14).

La narración continúa con igual información en ambos textos: el Infante manda que los pendones de Córdoba, Jerez y Carmona (Gutierre Díez da dos nombres propios, en vez de los títulos: *«Pero González de Baeça y Rodríguez de Ledesma»)*, acompañados de cierta gente de a caballo *(«çiento de cavallo»*, concreta Alvar García), transporten la principal artillería utilizada a Zahara (*Vict.*, 295/1-3 y *A.G.*, 79; 181/8-13).

Aquí comienzan de nuevo las divergencias sobre el mismo hecho: la caída de una lombarda y la pérdida de parte de sus pertrechos. El relato de *El Victorial* es como sigue:

> Abían de pasar por Ronda la nueva, entre Montecorto e Ronda la vieja; e luego que partieron del real, cayóseles en el camino la grand lonbarda, que auían de tirar en della veynte pares de vueyes, e otra lonbarda pequeña, que podrían tirar vn par de vueyes. E al caer que cayó la grand lonbarda, desconçertóse, e perdiéronse della algunas cosas, que auían tomado ya los moros (*Vict.*, 295/3-10).

Aparte de los distintos detalles, la diferencia fundamental entre ambos textos va a estribar en que el relato de Alvar García presenta el descalabro de la lombarda y la pérdida de alguna de sus piezas, siempre a los ojos del condestable, desde su perspectiva. La razón es que se está tratando de introducir su hazaña particular, en la que debe ser absoluto protagonista. El primer paso de esa hazaña ha de ser su concienciación del poblema. Así:

> E el condestable quedó en la reguarda. Vido la gente que yba con los pertrechos yr todos derramados e mal acabdillados, e porque el Infante se lo enuió a mandar ovo (de) yr allá, e fizo subir vnas carretas que estauan en la cuesta con algunos de los pertrechos, e díxoles que fuesen todos juntos. E vnos tornauan por vn palo de la grande lonbarda que avían dexado en vna carreta, con vn çerco e chapas de fierro, e quando lo vino a buscar vino el condestable con él, e no lo fallaron (A. G., 79; 181/14-21).

5.3 (B).—*Petición de ayuda al condestable* (*en* El Victorial).

A continuación, el relato de *El Victorial* pasa a desligarse de la *Crónica* totalmente. Por ello saltamos del fragmento 1 al 3 (al fragmento 2 correspondería por lógica ir aquí, lógica que 3 (B) rompe). Señalamos como 3 (B) el epígrafe del fragmento, para diferenciarlo del correspondiente en la *Crónica,* al que llamaremos 3 (A).

Empieza diciendo Gutierre Díez que el Infante, al conocer

la pérdida de «*algunas cosas*», mandó volver a por ellas a algunos caballeros, que «*fueron, e tornáronseles del camino algunos de los que con ellos fueron*» (*Vict.*, 295/10-12). A partir de esta confusa frase, la narración pierde por completo el sentido. Los caballeros piden más «*acorro*» al Infante, informándole del «*grand peligro en que estauan*» (295/12-15). Pero, ¿peligro, por tener que recoger unos pertrechos perdidos? No sólo eso. El Infante requiere entonces caballeros para la ayuda, pero todos, amedrentados, ponen «*sus esqusas*» (295/14-16). Al final se ve obligado a pedírselo al condestable, quien acababa de descabalgar hacía apenas media hora y se encontraba cenando. Sin embargo, ¿no había quedado el condestable en la retaguardia, con los encargados de la lombarda, como nos había dicho el propio Gutierre Díez, y confirmado la *Crónica*? *El Victorial* habla, además, no sólo del condestable, sino también de los suyos, incluido Pero Niño. En fin, el condestable, «*que sienpre fue covdicioso de los tales fechos*», acepta la empresa. ¡Y como gran empresa es considerada la búsqueda de un material para la lombarda...!

No sigamos. Sólo entenderemos las incoherencias de 3 (B) a partir de la versión, más adelante, de 3 (A), es decir de la *Crónica*. La *Crónica*, sin mencionar para nada la petición del Infante, nos va a presentar con toda lógica, directamente después de la pérdida de pertrecho, el que llamaremos diálogo de Setenil (fragmento 2). También lo hará Gutierre Díez, sólo que después de esta tan incomprensible petición de ayuda (3 (B)), que parece querer decir que el Infante le había pedido que regresase a Setenil a buscar los pertrechos perdidos. La versión de *El Victorial* tiene cierta —si bien poca— lógica por sí misma, pero ninguna confrontada con la de la *Crónica*. Nos encontramos con un caso parecido al del fragmento de la manta del apartado anterior (3.2.II). Pero lo entenderemos mejor, cuando veamos que en Alvar García aparecerá también esta petición de ayuda (fragmento 3 (A)), pero después del diálogo de Setenil (2), y desde luego con otras premisas, en concreto a raíz de un peligro, éste sí efectivo, de ataque de los moros contra los pertrechos.

5.2.—*El diálogo de Setenil.*

Es importante y ciertamente curioso este fragmento de la hazaña de Dávalos ante Setenil. Presentado por ambos textos, con las divergencias que anotaremos, el pequeño episodio parece cumplir las condiciones ideales para haber sido romanceado: diálogo directo e incisivo entre el moro y el cristiano, agilidad, valor simbólico de los objetos y sentido heroico.

La versión de Alvar García, repetimos, tiene como introducción y contexto el fragmento 1, sobre la pérdida de pertrechos, pérdida en concreto del palo con un «*çerco e chapas de fierro*» (ver la cita ya recogida de *A.G.*, 79; 181/14-21, con cuya última línea enlaza). El fragmento de la *Crónica* se desarrolla así:

> E díxoles el condestable:
> —Estad aquí, e yo me llegaré a la villa, e veré si está allá. Que veyendo vno no querrán tirar ni fazer cosa alguna, e veyendo más sabrá ome que es fecho esto que buscamos.
> E el condestable fízolo así, e fué contra la villa. E yendo allá, los de la villa començáronlo denostar. E él díxoles en aráuigo:
> —Non denuestedes.
> E otrosí vn conberso que fué moro, que llevaua consigo, díxoles que estouiesen quedos. E en tanto, el alcaide conosçió al condestable, e díxole:
> —¿Señor condestable, qué, no queredes yr vos en ora buena? ¿No sodes fartos de nos fazer mal?
> E él les dixo:
> —Que no vengo sino por buscar vn palo con vnas chapas que aquí quedó.
> E ellos le respondieron:
> —No lo busquedes, señor, que acá lo tenemos para ferraduras e yeruas.
> Entonces el condestable se fue.
> (A. G., 79; 181/21-182/6)

Concediéndole una importancia relativamente igual, *El Victorial* nos ofrece una versión algo distinta, pero nunca contradictoria con la anterior. Falla, como hemos dicho, el contexto introductorio, que es absurdamente el de 3 (B), en vez

de ser el del fragmento 2. Coincide, en cambio, en las características romancísticas apuntadas:

> E luego cada vno fué a reposar, e pensar de los cavallos; mas non pasaron tres oras que luego no tañieron las tronpetas a cabalgar, en tal guisa que quando salía el sol heran el condestable e los que con él heran a Setenil;
>
> e fallaron moros caballeros e peones fuera de la villa, los quales fueron luego ençerrados por fuerza.
>
> E el condestable fabló arávigo, e llamó al Cordí, que hera alcayde de la villa.
>
> E fabló al condestable, e díxole qué quería a Setenil; que quando el buen rey don Alfonso allí fuera, hera él alcayde de allí, e que auía ya más de ochenta años. E que tanto que el rey viera a Setenil, e lo mirara, que la peña le dixo que se fuese, e que ansí lo fiziera. Mas que si lo avía por vn poco de fierro, que él lo avía fecho tomar para ferraduras a los cavallos; o si benía acorrer aquellos cristianos que estauan allí en grand trauaxo.
>
> El condestable dixo que benían por algunas cosas que le mandara el ynfante, e que se fuese a Dios.
>
> (*Vict.*, 295/31-296/12) [18]

El primer defecto literario del pasaje de Gutierre Díez quizá sea la ausencia del diálogo directo. Con el estilo indirecto, el diálogo pierde agilidad, garra y espontaneidad. El segundo defecto sería el de no presentar al condestable solo, como Alvar García hace, con lo que el pasaje abandona también parte de su potencial fuerza. Hay coincidencias en el *arábigo* que habla el condestable, aunque Gutierre Díez hace que Dávalos llame al alcaide, y en la *Crónica* es éste quien reconoce al condestable y se le dirige.

En *El Victorial* el diálogo es entre iguales. En la *Crónica*, no sólo pronuncia Dávalos el despectivo «*Non denuestedes*», sino que el alcaide se le dirige humildemente. Su postura parece la de un perdedor. No la de quien acaba de vencer al ene-

---

[18] Nos hemos permitido, siempre partiendo de la ed. de Carriazo, separar el pasaje en cuatro puntos y apartes, para reconocer el diálogo con mayor claridad.

migo, resistiendo valientemente su asedio, sino la del fatigado y triste luchador. En ese sentido, la imprecación al condestable sintetiza en unas palabras toda una profunda sicología, como sólo los romances sabían hacer: «*¿No sodes fartos de nos fazer mal?*»

Por otra parte, las notas legendarias que aporta el diálogo de *El Victorial* son interesantísimas. En primer lugar, da el nombre del alcaide: «*el Cordi*», y acto seguido añade su venerable edad, y la leyenda de que cuando en la última guerra el rey Alfonso XI estuvo allí, ya él era alcaide de la plaza. ¿Se puede dar crédito a la afirmación de que el alcaide conoció la campaña del último Alfonso? No hay por qué rechazarla. En todo caso, no interesa especialmente el dato histórico. El motivo de la edad inmensurable de los alcaides moros —«*çiento y veinte años havía...*»— es otro tópico del romancero de frontera, que en este caso se vería amplificado por la bella anécdota de haber sido ya alcaide casi setenta años antes. La *Crónica de* Alvar García, por su parte, confirmaba la vejez del alcaide cuando mencionaba poco antes, en relación con la salida contra la manta que ya comentamos, a «*vn moro viejo que paresçía ser el alcaide dende*» (*A.G.*, 73; 166/28). En segundo lugar, el relato de *El Victorial* recoge otro motivo, éste mucho más claramente legendario y seguramente resumen de alguna historia que correría de boca en boca: el de la peña hablante de Setenil, la montaña que le pidió al rey Alfonso que se fuese, petición que éste obedeció.

El motivo final de la humilde confesión del alcaide, cuando es requerido sobre el palo con hierros, no deja dudas sobre el origen común de ambos relatos. En la *Crónica* le dice al condestable con sumisión: «*—No lo busquedes, señor, que acá lo tenemos para ferraduras e yeruas*». En *El Victorial*, con la misma humildad, «*que si lo avía por vn poco de fierro, que él lo avía fecho tomar para ferraduras a los cavallos*». El palo con el hierro es el objeto en el que se concreta simbólicamente el contraste entre la prepotencia de los cristianos y la resistencia humilde de los moros de la villa asediada. Para unos, es arma, fuerza y poder. Para los otros, es pan y manuten-

ción. El elogio de la valentía del enemigo, la maurofilia tan típica del romancero morisco están implícitos.

El final brusco, que sugiere, sin expresar abiertamente, una determinada reacción por parte del protagonista, está presente en ambos textos (mejor en la *Crónica*): «*Entonces el condestable se fué*» (A.G.); «*El condestable dixo que benían por algunas cosas que le mandara el ynfante e que se fuese a Dios*» *(Vict.)*. No sabemos qué hace exactamente el condestable. Sólo se nos sugiere lo que no hace. La respuesta del alcaide ha calado en su sicología. Lo más digno es dejarlo en paz, como le ha rogado.

Volviendo, para acabar con este interesante fragmento, a la mención del *fierro* en el relato de *El Victorial*, tengamos en cuenta que la biografía no había hecho mención alguna de tal hierro. La referencia quedaría sin sentido si no se conoce el texto de Alvar Garcia, donde el *fierro* sí es mencionado.

5.3. (A).—*La petición de ayuda (en la* Crónica).

Tras el diálogo de Setenil, y mediando tan sólo un corto párrafo (*A.G.*, 79; 182/6-13), la *Crónica* incluye la versión correspondiente al descolocado fragmento 3 (B) de *El Victorial:* la petición de ayuda al condestable. Se trata del inicio de un segundo episodio que tiene, como el anterior, a Dávalos como protagonista. Cuenta Alvar García cómo, a poco de partir de Ronda, le llegaron al Infante nuevas de que tres mil moros a caballo habían acudido a Ronda para hostigar a la retaguardia que se había quedado encargada de transportar los pertrechos. El Infante, una vez en Olvera, solicita del recién llegado condestable ayuda para esos hombres:

> ...llamó al condestable, que ende avía llegado, el qual avía venido en la reguarda e avía llegado a Oluera en la mañana, que no durmiera en toda la noche. E tanto que durmió un poco e comió, mandóle llamar, e díxole en cómo cumplía, magüer que venía cansado, que le rogaua e mandaba que quesiese yr allá (A. G., 79; 182/17-23)

Es evidente que la petición coincide con la del fragmento 3 (B) de *El Victorial*. Ambas están centradas en el cansancio del condestable (quien, recordemos, viene de su curiosa cabalgada y diálogo en Setenil). En la biografía de Pero Niño se incluye algo que puede entenderse tácito en la *Crónica*, y es que el requerimiento de ayuda, antes que al agotado condestable, se ha dirigido a otros caballeros (*«y avn algunos de sus criados»*), pero cada uno de ellos ha presentado su excusa. Ello acrecienta el valor del condestable (la empresa debía de ser muy peligrosa, puesto que todos la eludían), y también su posición de casi única persona de confianza del Infante. En la narración de Gutierre Díez, el condestable todavía se encontraba cenando y no había dormido, sino que acababa de descabalgar, cuando es llamado por el Infante. En la *Crónica* ha dormido y comido un poco, aunque se advierte que ya estaba sobre aviso de que no podría dormir toda la noche.

En *El Victorial*, la petición del Infante está expresada como una verdadera súplica, casi entre iguales: *«le enviaua dezir e rogar que por amor de Dios e serviçio suyo, e por nobleza, que quisiese yr a acorrer aquellos cauallerosʼ»*. Consecuentemente, la reacción del condestable y los suyos es altiva, todo menos sumisa: *«Esta razón paresçio muy grave al condestable (...) e a Pero Niño, e a otros caballeros que ende estauan...»*. Por lo que la aceptación de la empresa, en las *«graves»* condiciones en que es propuesta (recién llegados de otra misión, exhaustos, sin los caballos preparados...), redundará en mayor mérito: *«...non por el peligro de sus personas, mas de las otras gentes e de los caballos (...), que avn non auían comido çebada ni avn heran desenfrenados»*. En ese sentido, la lectura de la *Crónica*, aunque también reconoce el mérito del cansancio, no insiste tanto en él. La petición del Infante, por otra parte, está pronunciada como una verdadera orden, aunque deja entrever, en el ruego, el respeto hacia el interlocutor: *«mandóle llamar, e díxole en cómo cumplía, magüer que venía cansado, que le rogaua e mandaba que quisiese yr allá»*.

De nuevo nos encontramos, a la luz del fragmento de la *Crónica*, con que el fragmento de *El Victorial* está bien resuel-

to y tiene perfecta coherencia interna. Ahora bien, planteado como anterior al fragmento del diálogo de Setenil, podemos imaginar lo absurdo de su sentido. Al ir inmediatamente después del fragmento 1, el requerimiento del Infante parece estar causado por la pérdida de los pertrechos, empresa en absoluto peligrosa. Al ir inmediatamente después del fragmento 3. B, resulta que el diálogo de Setenil (fragmento 2) es, en *El Victorial,* la grave empresa para la que despierta el Infante al condestable.

5.4.—*La ayuda prestada a las lombardas.*

No todo es negativo en el relato de Gutierre Díez. El de Alvar García es, no cabe duda, más claro, ordenado y completo. Sin embargo, hay pequeños detalles —hemos visto alguno— en los que Gutierre Díez proporciona incluso algo más de información. Por ejemplo, Alvar García nombra como acompañantes del condestable en su regreso a la retaguardia a Diego Fernández de Quiñones y sus gentes. Gutierre Diez aporta el nombre de este último, pero añade el de Carlos de Arellano, que el cronista no menciona. También concreta el número de miembros de su hueste en aproximadamente doscientos hombres de armas y cuatrocientos o quinientos peones (*Vict.*, 296/17-18), cifra que el cronista no proporciona. Los detalles del levantamiento de la lombarda grande, ayudándose de ramas cortadas de los árboles próximos, y los sucesivos intentos para hacerla caminar, evitando que rodara, arrastrando consigo cada vez a los bueyes, están minuciosamente recogidos por *El Victorial* (296/24-36), por esta vez más explícito que Alvar García. La razón de ese mayor detenimiento es la presencia de Pero Niño en la operación. Pese a que su trabajo de ayuda a la carga no tenía mucho de heroico, Gutierre Díez quiere hacernos creer que resultó decisivo (*Vict.*, 296/34-297/8).

Por lo demás, es común a ambos relatos el conocimiento de la amenaza de los moros (en número de tres mil de a caballo, para Alvar García; de dos mil para Gutierre Díez), ame-

naza que nunca llega a concretarse en hostigamiento real. El episodio acaba cuando finalmente entregan la valiosa artillería en Zahara, y acuden a reunirse con el Infante, que los esperaba en Olvera (*Vict.*, 297/9-16 y *A.G.*, 79; 183/3-14).

El final de la campaña era ciertamente desalentador. Contra su voluntad, Fernando de Antequera tuvo que ordenar la retirada. Sus disensiones con los principales, que logran convencerle, están excelentemente plasmadas por el cronista en la recensión del consejo de guerra que mantiene antes de decidir el abandono de Setenil (*A.G.*, cap. 78). Utilizando como fuente los *Anales escolásticos* de Ortiz de Zúñiga, Luis Suárez recoge como prueba de impopularidad de la campaña —y de su fracaso— la noticia de los insultos que el ejército había recibido al pasar ante los adarves de Carmona. La versión de Alvar García confirma esta cita y la amplía, tratando de volcar en otras voces, las del pueblo, toda la impotencia y vergüenza reprimidas del Infante:

> e çerráronles las puertas, diziéndoles que fuesen a Setenil, denostando los vnos e los otros (A. G., 82; 188/4-7).[19]

5.6.—*Hipótesis organizativa del episodio de la hazaña del condestable Dávalos.*

Al igual que en el episodio de Setenil, nos atrevemos aquí a proponer una simple hipótesis (no una propuesta, como anteriormente, dadas las dificultades que explicaremos) de reorganización del episodio. Veamos primero esquemáticamente qué ha sucedido:

VICTORIAL		*CRONICA*
1	Pérdida de pertrechos	1

[19] Para el mejor entendimiento del final del capítulo en *El Victorial*, debe consultarse J. Torres Fontes, *Dos divisiones político-administrativas en la minoría de don Juan II de Castilla* (Murcia: 1947).

VICTORIAL		*CRONICA*
[3 (B)] [Petición de ayuda al condestable]		
2	Diálogo de Setenil	2
—	Petición de ayuda al condestable	3 (A)
4	Ayuda prestada a las lombardas	4

Lo ocurrido es bien sencillo. Alvar García narra dos episodios diferentes, con un mismo protagonista, el condestable Dávalos, como correlativos: primero, el del diálogo de Setenil (fragmentos 1 y 2: el fragmento 1 da sentido al diálogo desarrollado en 2); y segundo, el de la ayuda a las lombardas de la retaguardia (fragmentos 3 y 4). De la narración de *El Victorial* se deduce un sólo episodio (el de la ayuda a las lombardas), pero en él se ha querido insertar otro, el diálogo de Setenil. La conexión entre los fragmentos 1 y 2 queda interrumpida por el inserto inapropiado de la petición de ayuda al condestable. La conexión lógica entre 3 (B) (que debiera ir colocado como 3 (A)) y 4 está perdida al mediar el fragmento del diálogo. En fin, la redistribución de fragmentos en el texto de *El Victorial* produce las incoherencias que hemos ido apreciando. La última será la de desligar el fragmento 4 de su premisa correspondiente (3 (A)), con lo que queda como coletilla de nuevo inconexa.

Sin embargo, no es posible establecer en este caso, como en el de Setenil, una propuesta de reorganización del texto de *El Victorial.* Aunque conmutemos los fragmentos (es decir, leamos 3 (B) entre 2 y 4), el episodio sigue sin cobrar sentido. es decir, lo que puede ganar en su comprensión semántica lo pierde con creces en la hilazón gramatical (demostrativos, re-

lativos y nexos) entre los fragmentos, que sintácticamente no son autónomos. El único sentido, si bien confuso, lo tiene, por tanto, manteniéndose tal como está. Por supuesto que apreciamos, como en el episodio de Setenil, un desbarajuste en la ordenación de fragmentos anteriores. Pero nos encontramos con una notable diferencia: no sólo han sido colocados en desorden los fragmentos, sino que de manera previa han sido *leídos y comprendidos desordenadamente.*

Así que podemos ir un paso más allá respecto al capítulo anterior. No es suficiente la hipótesis (que el capítulo de Setenil nos sugería plantear) de que el ms. desconocido de *El Victorial* del que proceden los mss. que conocemos, podía haber trastocado las hojas de un ms. anterior (quizás éste sí ordenado). Del estudio de este episodio de la hazaña de Dávalos podemos inferir que no ha habido (al menos no ha habido solamente) confusión de los folios originales, sino que ya en el ms. original el escritor confundió el sentido, o sencillamente dio una versión particular (que hoy desde luego nos parece confusa y errónea), a partir de ciertas informaciones (cartas, relaciones o copias), que le llegaron fragmentadas y desordenadas. Esas mismas informaciones, o bien una copia prácticamente exacta de ellas, serían compartidas por Alvar García, quien ya sea por haber contado con otras más ricas en datos, complementarias, ya por haber podido realizar con más esmero y tiempo su tarea, dio una mejor versión de los hechos que la que Gutierre Díez nos ofrece.

6. Conclusiones

De los episodios confrontados creemos poder extraer alguna conclusión valiosa. En primer lugar, comprobamos que *El Victorial* incluye un relato pormenorizado de dos episodios de la campaña de Setenil y que dicho relato coincide en muchos momentos con el que nos ofrece la *Crónica* real. ¿Utilizaba Gutierre Díez dicha crónica como fuente? Esta primera posibilidad debe ser descartada, al menos por lo que respecta

al capítulo de la campaña de Setenil. De haber tenido a mano algún manuscrito o copia de la crónica regia, Gutierre Díez nunca hubiese caído en las graves incoherencias que encontramos en su relato.

Pongamos como ejemplo el primer episodio, el del reconocimiento de Ronda. Se parte de un hecho veraz, que está narrado por ambos textos con iguales referencias (topónimos, homónimos, acciones a grandes rasgos) y en muy parecidos términos. Pero llega un momento en que los contenidos divergen, aun sin contradecirse. A Gutierre Díez le interesa subrayar la actuación heroica de Pero Niño. El motivo de la competitividad con Alvaro, el camarero del Infante y rival suyo, no habría intensificado, sino todo lo contrario, aminorado la contundencia del panegírico. Por tanto, toda mención al personaje —hacia el que Pero Niño guardaría una lógica antipatía— es eliminada de la biografía.

En cambio, un motivo bélico, bello y simbólico como el de la muerte del caballo (los caballos de ambos, en la crónica), que estaría ya en la relación original (puesto que en la crónica aparece también, y también como epicentro del capítulo), se podía prestar a una amplificación mayor que la de la crónica, como así ocurre. De igual modo sucede con la mención de la manta, o con la exploración en la cava de Setenil en el episodio siguiente. Son referentes idénticos en ambos relatos, pero de los que Gutierre Díez extrae unas posibilidades distintas, dado el carácter peculiar de su obra, siempre en apoyo de la exaltación de la figura de su protagonista. Sencillamente las dos obras están utilizando, como decíamos al inicio del artículo, procedimientos narrativos muy distintos. Ahora podemos añadir que son esos procedimientos, en definitiva una distinta concepción de la finalidad del texto, y no las fuentes, que son comunes, los que distancian dichas obras.

El episodio de la hazaña de Dávalos resulta todavía más concluyente a la hora de demostrar que *El Victorial* no depende de la *Crónica* (ni del texto que nos ha llegado, ni de una de las supuestas versiones anteriores, que pudiera haber consultado Gutierre Díez). El diálogo de Dávalos con «el Cordi»

a las puertas de Setenil, y el episodio entero, presentado por ambos autores con convergencias y divergencias tan notables como curiosas, procede forzosamente de una fuente común, que ha sido reinterpretada con distinto resultado, desde luego con mayor pericia y talento por la pluma profesional de Alvar García.

Pero este último episodio nos ha enseñado algo más. Mientras del episodio del cerco de Setenil deducíamos que la variación de fragmentos (por ejemplo el de la manta) podía ser debida a una confusión en la complicación final de hojas sueltas o cuadernillos de los que podía constar la *obra en progreso* que debió ser *El Victorial* (puesto que la conmutación del fragmento resuelve su coherencia intrínseca y a la vez la de los fragmentos que lo flanquean), en el episodio de la hazaña de Dávalos, sin embargo, el desorden organizativo ya no se puede explicar tan sencillamente por un error de igual tipo. La confusión en este caso viene de más lejos. Procede, ni más ni menos, que de un error de interpretación, seguramente también por conmutación de las hojas, pero en este caso error de interpretación de la relación original, de *la necesaria relación común,* previa a las versiones de Gutierre Díez y Alvar García.

Parece evidente que Alvar García hacía acopio de todo tipo de cartas de campaña, que cumplían el papel de relaciones documentales, frescas y directas, de los hechos de la guerra. Relaciones que le eran entregadas y que él, con la ayuda de su equipo de escribanos, se dedicaría a clasificar, ordenar, resumir y finalmente disponer como relato cronístico. Mucho sería lo que se vería obligado a rechazar, mucho lo que habría de añadir, suprimir, recortar, interpretar... En una o en varias de estas relaciones debieron ir plasmados los acontecimientos relativos al cerco de Setenil. Pues bien, utilizando como material ese mismo tipo de relaciones está escrito el relato de *El Victorial.* Y si se nos apura, diríamos que utilizando exactamente las mismas relaciones (o bien copias de las mismas, claro está). Sólo así se explican sus enormes convergencias con el relato cronístico. Sólo así también sus flagrantes divergencias.

La utilización de fuentes comunes a las de la cronística ayuda a plantear desde una nueva perspectiva la creación literaria de la biografía. En otro estudio sobre *El Victorial* hemos pretendido demostrar que la parte principal de *El Victorial* (al fin y al cabo, el episodio de la campaña de Setenil es muy breve dentro de su conjunto), la que narra los viajes de Pero Niño, como capitán de la flota castellana, por el Atlántico y el Mediterráneo, nació también del conocimiento y uso de relaciones de campañas marítimas, comunes en su estructura y lenguaje a otras de la *Crónica* de Alvar García.[20] Hemos llegado a iguales conclusiones a través del estudio de este capítulo, que al ser más reducido resultaba también más fácilmente analizable.

Biógrafos y cronistas, concluyamos, trabajaban con un mismo material documental, intercambiando y prestando, con los recién escritos pergaminos, un precioso, por irrepetible, contenido de noticias históricas. Al cabo, todos eran escribanos, incluido probablemente nuestro «*alférez*» Gutierre Díez. La biografía medieval castellana (y *El Victorial* es el primer gran representante del género) nace hija de la crónica, se va nutriendo de ella, desarrollando y convirtiéndose, durante el siglo XV, a pasos agigantados, en una hermana menor, cada vez más despabilada e independiente. A *El Victorial,* que ha bebido de la misma savia que alimentará la gran obra histórica de Alvar García de Santa María, le cabe el mérito, entre otros muchos, de ser la primogénita de esas hermanas, nacidas menores, que la crónica oficial habría de reconocer a la postre como legítimas e iguales.

RAFAEL BELTRÁN LLAVADOR
Universidad de Valencia

---

[20] Es lo que trato de demostrar en mi art. «Del 'diario de a bordo' a la biografía...», cit. *supra* en nota (5).